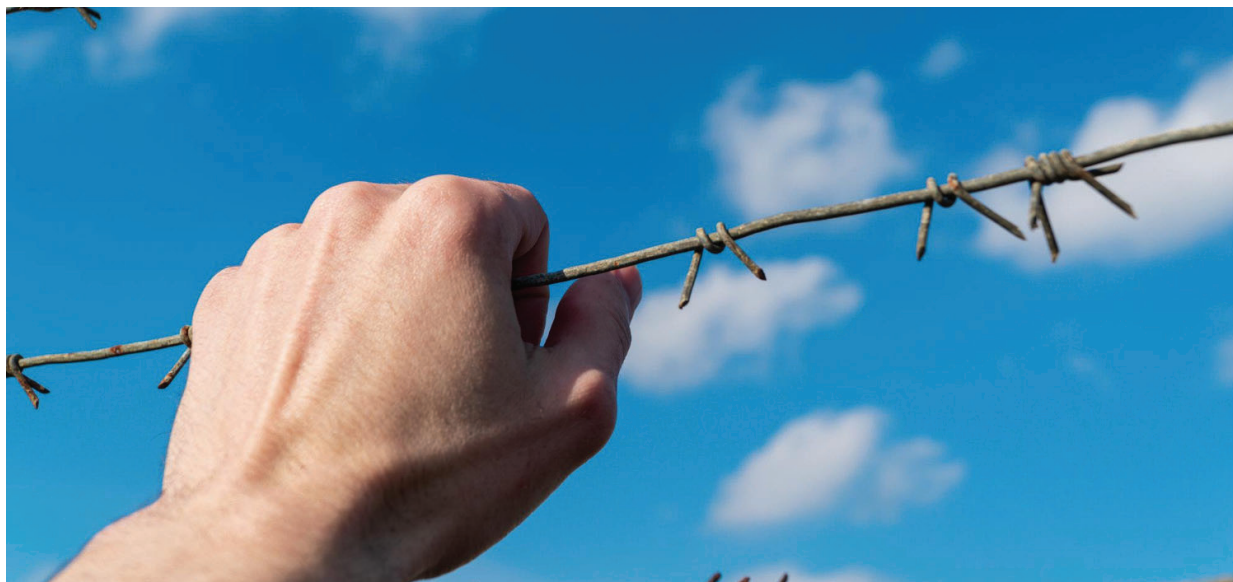


Construcción de la paz a través de la educación

artículo

Por Jaime Costales
(jcostales@usfq.edu.ec)



A la altura de 2024, los conflictos internacionales e internos se expanden e intensifican en varios países y zonas del planeta. La invasión a Ucrania, el conflicto entre Israel y grupos terroristas islámicos tienen un alto riesgo de convertirse en fuentes de esparcimiento de la guerra y el genocidio, las peores formas de la violencia, hasta el punto de que no resulta imposible una tercera guerra global.

Si este fuera el caso, la humanidad entera estaría cayendo en un abismo de autodestrucción, especialmente por la expansión de líderes autoritarios, y por ello violentos, incluso genocidas, mientras la democracia se va debilitando (Rachman, 2023), lo cual es un retroceso de gravedad extrema.

La acción heroica de los ciudadanos nos conduce a enfrentar a

los tiranos y las tiranías, las dictaduras, los regímenes abusivos de cualquier signo ideológico, tal como lo demuestra y propone inteligentemente la valiente periodista filipina, María Ressa, Premio Nobel de la Paz 2021 (Ressa, 2023).

E igualmente lo testimonia heroicamente María Corina Machado, Premio Vaclav Havel 2024, y candidata a Premio Nobel de la Paz 2024, al haber liderado el triunfo apabullante de la oposición democrática en las elecciones de julio de 2024 frente al tirano genocida Nicolás Maduro, mismo que hizo un fraude descarado y es uno de los dirigentes más deplorables del mundo.

Los valores son la expresión concreta de los seres genuinamente libres. Y los verdaderamente libres buscamos ser constructores incansables de la paz.

Sin embargo, las tiranías, dictaduras y autoritarismos no son las únicas formas de violencia que tienen que mantenernos en una alerta activa para evitarlas y disminuir los daños.

Las tensiones y agresiones psicológicas entre distintos –razas, nacionalidades, géneros, confesiones religiosas, credos políticos, etc.– contienen el potencial de odio, capaz de exteriorizarse en luchas y formas de destructividad concretas.

La humanidad contiene un enorme potencial de creación y construcción de innovación y cultura en todos los campos del conocimiento y la actividad.

Al mismo tiempo, poseemos un potencial destructivo enorme, que necesita ser procesado y transformado en energía psicológica y comportamientos positivos,

solidarios, empáticos, dotados de capacidades efectivas de resolver y hallar soluciones respecto a la variedad de problemas que nos amenazan y agobian.

La inventiva –la innovación propia de los seres humanos– ha surgido, precisamente, en el afán de hallar soluciones a dichas condiciones conflictivas y dolorosas. Y a veces como fruto de la desesperación y el sufrimiento extremos.

Por lo mismo, es emergente que la educación en todos los niveles fortalezca la conciencia y brinde los aprendizajes indispensables para que los estudiantes, los seres humanos en general, se asuman como conscientes constructores de la paz, la cual empieza con el logro de una serenidad individual de base, sustentada en el sentido de la propia valía y dignidad, como de la valía y dignidad de los otros, incluidos los seres de la naturaleza y los seres inanimados. Así de radical es el fundamento que da base a la paz.

Sobre el papel de la educación y del Estado en la construcción de la paz conviene revisar las propuestas de Naranjo, Binder y otros (Naranjo, 2019; Binder, 2019).

Es ilusorio conseguir una sociedad internacional, nacional y local totalmente pacífica, pero sí está a nuestro alcance una disminución grande de los niveles de conflicto, a través del fortalecimiento activo de los valores éticos superiores, los derechos humanos y la cooperación sinérgica de los distintos, todo ello en pos de una evolución de nuestras sociedades, incrementando la práctica predominante de la libertad y de la democracia.



En ese proceso evolutivo de lo mejor de nuestra condición humana, la educación tiene un rol esencial, un desafío enorme y hermoso para contribuir a tal cambio de la conciencia personal y colectiva.



Necesitamos desechar la doctrina del odio de clases, como motor de la historia, concretando y promoviendo la sinergia generosa de las clases sociales, las naciones, las razas, las denominaciones religiosas, los géneros, los partidos y los movimientos políticos.

No se pueden alcanzar sociedades libres de la opresión a través de la violencia, porque solo se levantan tiranías corruptas y asesinas en su nombre, como lo prueban tantos casos históricos del pasado y del presente.

La educación puede y tiene que conectar a los aprendices con su estructura psicológica más sana y sabia, acompañarlos a encontrar tempranamente un propósito de vida significativo, ayudarlos a desplegar un autoconcepto y una

Los valores de la libertad, la verdad, la bondad y la belleza no son palabras de adorno: son la sustancia viva de lo que tenemos que concretar en cada una de las aulas y actividades nuestras.

autoimagen firmes y sanos, alimentados por valores y empatía con la sociedad, la humanidad y la naturaleza, sobre todo con los seres más vulnerables.

El fundamento de la educación es lograr que aflore en las personas la sabiduría existencial para preservar su vida y la de los demás seres, por medio de la no-violencia como norma nuclear del comportamiento y de las relaciones.

Ello va, a su vez, conectado profundamente con las reservas de creatividad que contienen nuestras mentes. Tal como afirmaba Maslow (Maslow, 2008), necesitamos una nueva raza de personas creativas, que construyan sociedades favorables a la autorrealización de la gente, lo cual implica altos logros de salud mental como consecuencia, y una convivencia respetuosa, tolerante, pacífica.

En ese sentido, la educación para cambiar la conciencia personal y colectiva en dirección a lograr la convivencia en paz es la tarea más necesaria, constructiva y profun-

da que actualmente nos desafía. Gandhi, Luther King, Mandela, Arias, Cordovez nos demuestran que es posible hallar soluciones no violentas a enormes dilemas sociales y políticos, incluso a guerras internacionales.

Construir la paz es concretar lo que Fromm denominó Amor a la Vida (biofilia), como el valor central del que se desprenden los otros valores éticos superiores: paz, justicia, libertad, respeto, tolerancia, honradez, etc.

Es indispensable dar más énfasis a entender la vida como un desafío grande de construcción, creatividad y búsqueda de soluciones; no entenderla exclusivamente como *campo de batalla*. Hay lucha y conflicto, por supuesto, pero urge mentalizarnos en que la vida es, sobre todo, construcción de sentido y de soluciones en todas las áreas de la actividad humana.

La gran transformación que necesitamos desesperadamente es una evolución intensa y profunda de la conciencia personal y colectiva, una suerte de psicoterapia social para modificar los patrones de comportamiento obsoletos, sostenidos en el odio y la destructividad en todos los órdenes.

Y en ese proceso evolutivo de lo mejor de nuestra condición humana, la educación tiene un rol esencial, un desafío enorme y hermoso para contribuir a tal cambio de la conciencia personal y colectiva.

Si logramos que una minoría inspiradora contagie cada vez a más personas y grupos en este gran objetivo humano, podemos olfatear el futuro con una esperanza sobria pero fuerte, al compren-

der que los ciudadanos comunes, los simples seres humanos que somos cada uno de nosotros, podemos hacer una contribución generosa y grande a la edificación de sociedades genuinamente democráticas, libres y constructivas, alejadas del odio, las tiranías y la desesperanza, que son formas de patología social enormemente lesivas.

Un Ecuador pacífico, próspero, libre y exitoso, sí es posible. Y contagiar de ese convencimiento a los niños, adolescentes, jóvenes y adultos ecuatorianos es una línea de trabajo crucial de la educación como sistema social, y de los educadores como referentes de ese cambio.

En este plano, la Universidad San Francisco de Quito es un espacio excepcional para concretar la tarea educativa como proceso transformacional evolutivo de la conciencia de nuestros alumnos, colegas académicos y administrativos.

Los valores de la libertad, la verdad, la bondad y la belleza no son palabras de adorno: son la sustancia viva de lo que tenemos que concretar en cada una de las aulas y actividades nuestras.

Una educación para inspirar personas libres necesita transmitir la verdad en las mejores formas, concretarse en las interrelaciones con la empatía y calidad humana que emanan de la bondad, e inspirar a que nos enamoremos de la vida y de la educación, a través de la belleza: esa es una manera de percibir la vida con sus contenidos de estética, lo cual la hace fascinante de múltiples formas, y enriquece enormemente nuestras existencias.

Para aplicar con veneración uno de nuestros idiomas nativos predominantes, nombremos los valores mencionados en kishwa: *quishpi* (libertad), *shuticashca* (verdad), *allicana* (bondad) y *sumac* (belleza). Los valores son la expresión concreta de los seres genuinamente libres. Y los verdaderamente libres buscamos ser constructores incesantes de la paz.

La semilla y fuente de la paz está en el interior de nuestra psique, de cada uno. Es la estructura universal de la que somos parte, la cual Jung denominó el Sí mismo, que es la parte más sana y sabia de nuestra mente.

La mejor educación nos entrena para entrar en contacto con el Sí mismo, y ello nos provee una brújula que orienta nuestra vida, basados en la biofilia (amor a la vida), lo que nos inspira a ser constructores y defensores de la paz.

Esa tarea no es algo secundario, ni menos aún intrascendente; es el recurso crucial para defender el conjunto de la vida humana y planetaria.

Referencias

- Maslow, A. (2008). *La personalidad creadora*. Kairós.
- Naranjo, C. (2019). Una educación para trascender la mente patriarcal. En *Una era para la consciencia*. El Grano de Mostaza Ediciones.
- Rachman, G. (2023). *La era de los líderes autoritarios*. Editorial Planeta.
- Ressa, M. (2023). *Cómo luchar contra un dictador*. Editorial Planeta.